

XVIII

LA MUERTE DE LA REINA HORTENSIA

La duquesa de Saint Leu (así se llamaba á la reina Hortensia desde la caída del Imperio) aguardaba á su hijo con la mayor impaciencia. Hacía muchos meses que su salud estaba gravemente atacada, y todos los médicos consideraban su estado como desesperado, sin revelárselo á ella. Por la primavera se había proyectado hacerle una operación muy peligrosa, y entonces escribió á su hijo con fecha 3 de abril de 1837: «Querido hijo: Deben hacerme una operación necesaria. Por si no saliera bien, te envío en esta carta mi bendición. Nos volveremos á ver en otro mundo mejor, al que no irás á reunirte conmigo sino lo más tarde posible, y pensarás que al dejar éste sólo lo sentiré por ti, por tu acendrado cariño, única cosa que me ha hecho disfrutar en él de alguna ventura. Siempre será un consuelo para ti, querido hijo, el pensar que merced á tus cuidados has hecho á tu madre tan feliz como podía serlo.

»Piensa que siempre se tiene una mirada penetrante y benévola sobre lo que se deja en la tierra; pero es seguro que volvemos á encontrarnos en otro mundo. Cree en esta dulce idea; es demasiado necesaria para no ser cierta. También doy mi bendición á ese buen Arese, como á un hijo. Te estrecho contra mi corazón, hijo mío. Estoy muy tranquila, muy resignada, y aun confío en que nos hemos de ver en este mundo. Hágase la voluntad de Dios. Tu afectísima madre, Hortensia.»

Como la operación no se efectuó, no fué enviada esta carta á su destino. Los médicos, desesperando de poder salvar á la enferma, quisieron ahorrarle padecimientos inútiles. La reina escribió entonces á su hijo el 11 de abril: «Querido hijo: Quiero darte yo misma noticias más. Me alegro de que hayan renunciado á hacerme la operación, porque era correr muchos riesgos.»

Desde entonces el estado de salud de la reina había ido empeorando, y su hijo dudaba, lleno de angustia, si Dios le concedería la merced de verla viva. Así, ¡con qué emoción subió en la noche del 4 de agosto la cuesta de Arenenberg, de donde había salido el 25 de octubre anterior para su funesta expedición de Estrasburgo! En este último día fué cuando, pretextando una partida de caza, se había separado de su madre sin que ésta sospechase nada de la audaz empresa que aventuraba. Entonces se marchaba lleno de esperanzas, de ilusiones, imaginando con su sencillez de joven y su confianza de iluminado que al cabo de algu-

nos días su madre le vería en las Tullerías triunfante y dueño de Francia. Y ahora regresaba á Arenenberg vencido, proscrito, humillado, burlado por la gente, abandonado, renegado de todos los individuos de la familia. Pero le quedaba su madre, que cuanto más desgraciado le veía, más le quería. Habíase jurado á sí misma no decirle una palabra que pudiera entristecerle ó desalentarle; que por el contrario le enaltecería á sus propios ojos, le sostendría en esa fe en sí mismo y en su estrella que conservaba todavía á pesar de tantas decepciones. De cuantas pruebas de amor maternal había recibido, aquella era la que más debía llegarle al corazón. Su corazón palpitaba con fuerza al ver la Suiza, su segunda patria, y daba gracias á la Providencia por encontrarse de nuevo en aquel suelo hospitalario. Iba por fin á ver á su madre, mas ¡ay! cambiada, enferma á las puertas de la muerte, y acibaraba su alegría un dolor inmenso. Fácil es suponer la efusión con que se abrazaron madre é hijo.

El príncipe encontró en Arenenberg tres fieles partidarios que habían tomado parte en la intentona de Estrasburgo y á quienes el jurado de Alsacia había absuelto, MM. Querelles, Parquín y de Gricourt. Entre los huéspedes de la reina Hortensia estaban también M. Arese, el doctor Conneau, y M. y Mme. Vieillard, todos los cuales demostraban á la reina y á su hijo una adhesión absoluta.

Luis Napoleón estaba rigurosamente vigilado por el gobierno francés. Los representantes de Luis Felipe en Suiza y en el gran ducado de Baden habían recibido la orden de no descuidar nada para estar al corriente de todo cuanto hacía el príncipe.

La gran duquesa Estefanía de Baden, que era una Beauharnais, le tenía mucho cariño y le atestiguaba vivo interés; mas por esto mismo despertaba la desconfianza de las potencias y no pudo evitar que se prohibiera al príncipe residir en el territorio del gran ducado. El ministro de Negocios extranjeros del gran duque escribía al ministro de Francia el 22 de septiembre: «Tengo la satisfacción de anunciaros que el director del círculo de Constanza acaba de advertir á Luis Bonaparte que, en las actuales circunstancias, no podrá permitirle residir en el gran ducado de Baden y particularmente en Constanza, y que si no se conformase á esta decisión, debería atenerse á las ulteriores medidas que contra él se tomaran y no culpar á nadie más que á sí mismo de las desagradables consecuencias que de ello pudieran resultar.»

Luis Napoleón era un proscrito. En breve se le debía disputar el asilo que le concedía Suiza, y demasiado sabía que tan luego como su madre muriese, la diplomacia francesa haría todo lo posible por expulsarle de su segunda patria.

Pocos días de vida le quedaban á la reina Hortensia. En el mes de septiembre había vuelto á hacer buen tiempo después de caer grandes lluvias, y hubo alguna mejoría en el estado de la enferma, habiéndosela podido bajar dos horas diarias al jardín. Pero no tardó el cielo en nublarse de nuevo y á soplar los vientos de equinoccio. La reina padecía mucho, pero sin quejarse nunca. Mme. Vieillard escribía el 15 de septiembre: «No hay nada que pueda dar una idea de

una paciencia, de una dulzura tan angelicales. No se alimenta más que de unos cuantos granos de uva y un poco de agua y vino. Pues bien: cuando se le pregunta cómo está, contesta: «Así, así; pero me pondré mejor.» Y la mayor parte de las veces apenas tiene fuerza para decirlo.» Y el 2 de octubre: «La reina está muy mal; mañana probablemente no existirá esta digna mujer.... No pronuncia más que palabras dulces y benévolas.... Su pobre hijo no se aparta de la cabecera de su lecho. El dolor del príncipe es profundo, pero tranquilo y sencillo, como lo es todo en él, porque no conoce la afectación.»

La reina Hortensia conservó hasta en su lecho de muerte la gracia y la seducción que habían sido el encanto de toda su vida. No advirtió su estado hasta pocas horas antes de su agonía, y sin manifestar temor ni sentimiento se despidió de todos los suyos de un modo conmovedor. En la noche del 4 al 5 de octubre llamó á su hijo, le dió su bendición y le abrazó tiernamente: en seguida le expresó toda su satisfacción por su conducta privada y todo su amor maternal; luego habló con palabras entrecortadas de su afecto á sus compatriotas, á quienes calificó de ingratos; de sus sufrimientos en 1815, cuando su patria fué invadida, y de la rudeza con que el gobierno la había expulsado de Francia cuando en 1836 fué á pedir gracia para su hijo. A eso de las cuatro de la madrugada mandó llamar á sus amigos y servidores: «¿Estáis todos aquí?» les preguntó, y como le respondieran afirmativamente, añadió: «¡Adiós, adiós, amigos míos!» Hizo que el doctor Conneau le prometiera que jamás se separaría de Luis Napoleón, y ya se sabe con qué piadosa abnegación ha cumplido el doctor su juramento. Con voz apagada la reina añadió estas palabras: «Amigos míos, rogad por mí. Nunca he hecho daño á nadie y confío en que Dios se apiadará de mí. ¡Adiós, Luis!» Su hijo se arrojó en sus brazos: ella le estrechó contra su corazón y exclamó otra vez: «¡Adiós! ¡Adiós!» Entonces cayó sin fuerzas, sus facciones adquirieron una serenidad angelical, y se cerraron sus párpados. Luis Napoleón se inclinó sobre ella, y con voz á la que en vano procuraba dar una entonación firme le preguntó: «¿Me conocéis, madre mía? Soy vuestro hijo, vuestro Luis. ¡Madre!» La moribunda hizo un esfuerzo supremo para hablar y abrir los ojos, pero sus labios ya fríos y sus párpados paralizados no pudieron responder al grito de su hijo sino con un movimiento imperceptible: al poco rato, exhaló el último suspiro. Eran las cinco y cuarto de la mañana: su agonía había durado cinco horas.

El periódico suizo *La Helvecia* publicó estas líneas: «Es preciso haber sido testigo de tan conmovedora escena para comprender todo lo horroroso de esos momentos en que la reina Hortensia, en otro tiempo rodeada de tantos honores y homenajes, y muriendo hoy en el destierro, entre un reducido número de amigos, ninguno de los cuales había compartido con ella las venturas de sus mejores tiempos, expiraba en los brazos de un hijo á quien deja sin patria y sin apoyo.»

Todos los habitantes del castillo de Arenenberg y de las campiñas circunvecinas consideraban á la reina Hortensia como su soberana. Su muerte causó llanto general. Celebráronse sus funerales el 11 de octubre en la iglesia del pueblo

de Ermatingen, habiendo asistido á ellos inmensa muchedumbre. Desde por la mañana se habían alquilado en Constanza cuantos caballos y carruajes fué posible encontrar, y muchas barcas llenas de gente cruzaban el lago, por más que hiciera muy mal tiempo: el camino de Schafusa estaba inundado de personas, lo mismo que los senderos que van á parar á Ermatingen. El féretro, expuesto primero en la capilla del castillo de Arenenberg, fué llevado á brazo por ocho hombres hasta la iglesia; detrás iban el príncipe Luis Napoleón y el conde Tascher de la Pagerie, llegado de Munich. El clero de la parroquia iba seguido por los ministros protestantes que habían querido unir sus oraciones á las de aquél, por una comisión de la Dieta federal y por todos los habitantes del país. Daba pena ver á su acongojado hijo, por más que éste procurara conservar toda la dignidad de su porte y bastante dominio sobre sí mismo para no dar rienda suelta á su llanto. La ceremonia fué aún más conmovedora que si se hubiera celebrado en la catedral de Nuestra Señora de París. La reina había manifestado sus deseos de que trasladaran sus restos á Francia para darles sepultura en el panteón donde descansaban los de su madre en Rueil. Mientras se aguardaba la autorización pedida al gobierno francés, se depositó el cadáver en la capilla del castillo de Arenenberg.

La muerte de la reina Hortensia causó impresión en Francia, donde esta simpática dama había dejado muchos amigos, aun entre los adversarios más encarnizados del Imperio. Mme. de Girardin escribía el 13 de octubre en sus «Cartas parisienses» del periódico *La Presse*: «Ser mujer y morir en el destierro, ¿no es una cosa horrible? ¡Pobre reina Hortensia! ¡Qué vida tan desgraciada la suya! El cielo la había dotado de todos los dones que hacen apreciable la existencia; era bella, graciosa, amada; poseía el secreto, el encanto de seducir, facultad involuntaria que el cielo otorga y de que no la había privado el destierro; era reflexiva é inspirada, y la adornaban todas las aptitudes. ¡Cómo la había dotado la naturaleza de felices elementos, de tesoros, de cuanto puede hacer brillar! Mas ¡ay, una corona lo malogró todo! Morir lejos de Francia después de veinte años de destierro, es cruel: ¡cuánto ha debido padecer! Su madre, cuya suerte excita tanta compasión, tuvo un fin menos doloroso; por fortuna suya, su marido el emperador la había repudiado antes que la destronaran, y su tumba está aquí!»

El testamento de la reina Hortensia estaba fechado en Arenenberg el 3 de abril de 1837: en él no se olvidaba de ninguna de las personas que le eran queridas: dejaba legados á sus sobrinas Josefina, princesa real de Suecia; Amelia, emperatriz del Brasil; Teodelinda, princesa de Leuchtenberg; Matilde, hija del rey Jerónimo, y María, princesa de Baden. «Lego, decía, á la princesa viuda de Hohenzollern-Sigmaringen, que ha sido siempre para mí una madre y una amiga, dos columnas de jaspe que me regaló el papa Pío VII..... A mi hija política la princesa Carlota Napoleón mis pequeños brazaletes con el retrato de mis dos hijos y una rama de diamantes..... Lego á Mme. Recamier, como recuerdo de los cuidados y del interés que me manifestó en Roma cuando acababa yo de

sufrir una pérdida dolorosa, un velo de blonda. Lego al gobierno del cantón de Turgovia un reloj dorado que deseo que coloque en la sala del Gran Consejo, para que este legado le recuerde el noble valor que ha tenido en conservarme una tranquila hospitalidad en este cantón.» A otras muchas personas les legaba también algunos objetos ó algunas cantidades.

He aquí las últimas frases de su testamento:

«Que mi marido consagre un recuerdo á mi memoria, y sepa que mi mayor sentimiento ha sido el no poder hacerle feliz.

»No tengo ningún consejo político que dar á mi hijo. Sé que conoce su posición y todos los deberes que su nombre le impone.

»Perdono á todos los soberanos con los cuales he tenido relaciones de amistad la ligereza de su modo de pensar respecto á mí,

»Perdono á todos los ministros y encargados de Negocios de las potencias la falsedad de los informes que de mí han dado constantemente.

»Perdono á algunos franceses á los cuales hubiera podido ser útil la calumnia que han hecho pesar sobre mí para eximirse de culpa; perdono á los que la han creído sin examen, y espero que mis compatriotas se acuerden algún tiempo de mí.

»Doy gracias por sus cuidados á todos cuantos me rodean, así como á mis servidores, y espero que no me darán al olvido.»

En este testamento resaltaba, á la vez que la dignidad de la reina y la bondad de la mujer, la amargura de la proscrita y la melancolía de la desterrada.

XIX

UN AÑO EN SUIZA

El gobierno francés esperaba que Luis Bonaparte volviese á América inmediatamente después del fallecimiento de su madre, y se pretendía que la misma reina se lo había aconsejado así, rumor que el príncipe hizo desmentir en estos términos en el periódico *La Helvecia*: «Es enteramente falso que la reina Hortensia haya aconsejado en el lecho de muerte á su hijo que vuelva á América.» Luis Napoleón debía permanecer aún todo un año en Suiza.

A la sazón era embajador de Francia en Berna el hijo mayor del mariscal Lannes, el duque de Montebello, que más adelante fué embajador de Napoleón III en San Petersburgo. En 26 de octubre escribía al conde Molé, ministro de Negocios extranjeros: «Todo anuncia por parte del príncipe Luis la resolución de no salir de Suiza. La duquesa de Saint Leu hacía construir en Gottlieben un castillo que destinaba á su hijo. Después de su muerte prosiguen las obras con la misma actividad. Con todo, el príncipe parece esperar que hagamos gestiones para alejarle de Suiza, y considera como prelude de estas gestiones la prohibición que se le ha hecho de traspasar la frontera badesa, prohibición que no observa con todo rigor, pues sé que va con mucha frecuencia á Constanza. Las idas y venidas de los huéspedes de Arenenberg son continuas y su correspondencia con Francia muy activa.» 15 de diciembre de 1837: «Acabo de saber que el coronel Vaudrey está en Arenenberg: en el castillo están tranquilos y se da por seguro que el gobierno de Turgovia y toda la Suiza rechazarán enérgicamente toda demanda de expulsión.» 16 de enero de 1837: «El partido radical y la prensa comentan el asunto y nos desafían á llevarlo más adelante. Dado semejante estado de cosas, no le resta al gobierno del rey otra cosa sino hacer una demanda oficial en tales términos que no quepa duda de que la sostendremos hasta lo último, y entonces creo poder responder del resultado.» 19 de enero de 1838: «La prensa suiza se expresa acerca del príncipe Luis como si no hubiera tenido efecto la intentona de Estrasburgo, y se revuelve indignada contra el gobierno francés, que viene malévolamente á perturbar á este *ciudadano suizo*, á este *burgués turgoviano*, en su soledad.»

La monarquía de julio concebía respecto á Luis Napoleón ciertas alarmas que el porvenir ha justificado, y estaba al corriente de los más insignificantes pasos del príncipe. El duque de Montebello escribía al conde Molé